

VOCES POETICAS DE CHILE.

Hoy, que Oreste Plath ha enrumbado a su patria, después de permanecer en el Perú, uniéndose a nosotros, fundiéndose en nosotros, parecería indispensable aunque sea una sola palabra de despedida, que dijera el íntimo deseo de su pronto regreso. Pero no es éste el substancial motivo que rige la nota presente. Es más bien una crónica de conocimiento que una crónica de despedida. Es Oreste Plath en arribo.

Rosa Arciniega, inquieta novelista peruana, reviviendo encantos de círculos de gente que piensa o que modela, congregaba a su regreso de Europa a los escritores presentes en Lima. Se hacía derroche de gusto escénico, y Oreste Plath dijo una vez su percepción de Pablo Neruda. Nos fué desmenuzando al poeta con pasión de poeta. Surgió, así, espontáneamente en la sala, un tono lírico alrededor de la visión de la muerte y de pasión por la vida, que circunda a Neruda. Oreste Plath se mostró íntegro como si hubiera hecho una afirmación de sí mismo. En su estudio estaba ante todo él, dejando entrever que no era un frío balanceador de motivos, sino que lo movía a la crítica una perdurable emotividad lírica. Desde entonces Oreste Plath confirmó esta presentación. Se le vió movérse y revolverse en una inquietud perenne. No puede trabajar silencioso y pausado. Es germen constante de proyectos y aventuras, de partidas varias. Dentro de la calma "chicha" de nuestro ambiente literario, Plath se sentía nervioso, buscaba clima, estudiaba formas de coger lo más. Desde la radio lanzaba a los poetas para que presentasen por sí mismos su producción. Y desde el improvisado tablادillo de "La Pascana" hizo una detallada exposición de los motivos culturales de la Isla de Pascua, refugio de arte primitivo. En los periódicos insistía en la labor de divulgación de los valores substantivos de Chile, de sus manifestaciones folklóricas, de las voces populares de la ciudad y del puerto y fué así, sin querer o intencionadamente, que creó una atmósfera de curiosidad alrededor de lo más trascendental o de lo más emotivo de la tierra araucana. A la vez extraía atracciones fundamentales del criollismo, del alma popular peruana, y por su lente se reflejó, muchas veces, algún tono alto de la poesía nuestra, de la novela y del cuento costeño o serrano; o dibujó en es-

quemas de color, ya la procesión del Señor de los Milagros—esencia de alma mestiza—ya las anécdotas de Lima para conversaciones de veladas largas. Correteaba los rasgos típicos: los portones extraños, las tonalidades de nuestra ciudad partida por el casi silente machacado del Rímac sobre las piedras del valle. Lo que no decía en el artículo, lo decía a viva voz en la acera. Cada día era una glosa rápida, emotiva. Oreste Plath es esencialmente extravertido. Su angustia de vivir se diluye en la calle.

El bagaje intelectual de Oreste Plath es ya amplísimo. “Sabroso” como se diría en tierras de más al norte. En sus recorridos por la costa chilena se hizo del mar y tras la figura de Salvador Reyes, identificó en él la más pura de las emociones líricas. En 1929 publicó su “Poemario” que abrió brecha en la poesía joven de Chile y desde entonces se le señaló entre los efectivos valores de la intelectualidad sureña. Latchan en la Revista “Sur”, el propio Salvador Reyes en “Letras”, Gabriela Mistral en “Repertorio Americano”, Ricardo Tudela, César Tiempo, Rubén Azocar, dijeron su confianza en el porvenir lírico de Plath que ya dirigía “Gong”—*tablero* de arte y literatura, como lo llama él—y que sirvió de magnífico enlace entre los intelectuales de América. Después dirigió “Nautilus”—influencia de Verne, ascensión a lo maravilloso con contenido de posibilidad objetiva—que sirviera de órgano a la Marina Mercante de Chile. Plath vivió siempre hacia afuera. La presencia del mar era demasiado fuerte para él y salió, después de haber caleteado Chile, hacia el Perú. PALABRA saludó la presencia de Plath, presencia joven de una América en marcha:

“Desde hace pocas semanas vive en Lima, Oreste Plath, alto poeta juvenil de Chile. La trashumancia de su raza marina, la antigua invitación al viaje, cierta errancia instintiva—y muy moderna—lo han hecho dejar su Valparaíso transido de viento, su largo litoral de acero y tormenta, para venir al Perú en pos del *sueño nuestro de cada día*, del horizonte nuevo, del paisaje desconocido aún”

Oreste Plath ha vivido ese sueño de cada día, y ha abierto los extraños caminos que dicen del Perú con su tesoro escondido en las piedras inmensas de los Andes, con sus tradiciones repetidas de valle a valle, con el valor sociológico de sus comunidades y con los variados matices de resonancia artística, eminentemente vital. Para Oreste Plath, aventurero en todas las zonas de la experiencia, el Perú ha sido un valioso campo de enseñanza del que recién ha recogido el primer fruto. Oreste Plath ha vivido la reunión peruana, y ha observado con pasión la obra literaria del Perú, enviando para conocimiento de intelectuales y de editoriales,

más de una producción peruana con su correspondiente y sintético estudio. El imaginista de "Ancla de Espejos", el cazador de la "imagen sustentadora de un movimiento vivo" que diría Salvador Reyes, es también, y yo creo que esto ante todo, un exquisito enlazador de inquietudes, un magnífico vocero del clima literario.

Al comentar elogiosamente Juan Martín la publicación de "Ancla de Espejos" presentó como magnífico exponente de la poesía de Plath "Jahairo" que nosotros reproducimos hoy. Orestes Plath pertenece a la *etapa-imagen* de la poesía americana, al sonido inagotable de visiones poéticas, que sirven magníficamente de pilas-tras para la poesía viviente y fuerte que hoy principia a dejarse sentir.

JAHAIRO

"En esta herradura de dunas
ha botado su ancla la melancolía.
Las redes se han llenado
de pescados de plata.
Cómo ir a decírtelo
si estás tan lejos.....
Si estás allá donde el mar
no canta su canción de olas.
Jahairo, las voces de estos niños
a los anillos de tu ausencia se abrazan.
Y te reclaman como un sepulcro
su abandono.
Jahairo:
 pájaros marinos
me traen tu mensaje de emigración
en la esquila de sus alas".

De Juan Negro no tenemos una impresión vista desde el "lado" peruano. Ha sido un conocimiento de mar, de viaje, en un momento de resumen de rápidas experiencias lejanas. Sobre la nave que regresaba a América con muchos oteadores de panoramas universales, Juan Negro permanecía apartado, catalogando en su memoria las visiones señeras de Holanda, la caravana lírica del París que se recrea en su mundo artístico del Louvre, en la "ermita" maravillosa de la Casa de Rodin y en su galería de muñecos de cera; el preciosísimo clásico de Italia con la exuberancia de su Galería Uffizzi, del Museo Pitti, en Florencia y de la Pinaco-

teca, de la Capilla Sixtina en el Vaticano, y las fuertes plasmaciones góticas de Alberto Durero recogidas en las ciudades de Alemania. Juan Negro no se mezclaba espontáneamente a la tertulia sudamericana. Santiago Aguirre e Inés Fry, novísimos e inteligentes arquitectos chilenos—inteligentes de acción siempre en camino—platicaban de su país, de Europa e improvisaban veladas de ingenio con Alberto Tauro y Carlos Cueto, o cogían algo del paisaje norteño peruano en charla con Mejía Baca. Juan Negro aparecía con algún libro de Valery y recortaba figuras de mar.

Cuando fuimos conociendo a Juan Negro, poeta premiado por la Municipalidad de Santiago de Chile, encontramos en él una tipificación de la lírica post-guerra. Fugas al verso clásico en el comentado antisoneto, juego de variadas formas métricas y coleccionador de las “lecciones de cosas para niños” a fin de convertirlas en ritmo y en elocuencia poética. Bautizaba las frutas y los animales comunes con nuevos nombres que daban una entonación de fantasmagoría o de vuelta a lo maravilloso; y aparecía todo su chilenismo, cuando el barco dormía, entonando las estrofas de su “Cueca”:

“La novia quiere cortar
su ramito de azahar
del limonero florido.
¡Ay, sí!
Del limonero florido.
Mis azahares no son
para las fiestas de amor.
¡Ay, no!”

o embarcándonos en el conocimiento de la “trutruca”, instrumento genuinamente araucano.

Juan Negro habla sólo lo muy preciso. Tiene un hondo sentido de observación y busca, hasta por instinto la perfectibilidad. No se ha contentado con *hacer* versos. Recoge diariamente nuevas manifestaciones con sentido de superación de *su* métrica. Es una búsqueda diaria en sí mismo, sin dejar la continua ida a las fuentes clásicas española y francesa. La expresión poética, tiene para él un profundo contenido lógico sin que pierda el fluir de la personalidad sin complicaciones formales. Juan Negro tiene una interesante experiencia sobre el verso espontáneo, como fruto del subconciente, sin reflexión y sin repaso, que seguramente la expondrá para los ojos acuciosos de los más lejanos periscopios literarios.

Cuando su triunfo poético de 1936, mereció elogiosos comentarios de los más severos críticos chilenos; y “Atenea” ha reco-

gido muchas veces su expresiva afirmación lírica. “El Correo de la Unión Panamericana” al publicar un poema sobre los meses del año de Juan Negro, destacó el sentido moderno, y no por eso ajeno al arte tradicional, del poeta chileno. Sus poemas “Verano” y “La Pipa” son dos manifestaciones claras de los variados caminos que ha tomado en su “entrenamiento”.

Ahora, Negro ha recogido el sabor exquisito de los “mercados” tropicales, donde el “aguacate” y el “mango” adquieren derecho a la estrofa. La Guayra, Barranquilla, Colón, son motivos mestizos de nuestra América. “Hay que buscar la verdadera expresión poética del Canal de Panamá—nos dijo Juan Negro—expresión de enlace entre la maravilla del paisaje y el canto maquinista de las exclusas”. Después que se abrió en perfiles de mar verde la bahía de Balboa, Juan Negro volvió a la contemplación de las “merluzas voladoras” y de los siempre risueños delfines. Cuando llegamos a las aguas peruanas, las golondrinas y luego las “aves guaneras” acompañaron al barco acicateado por la fuerte correntada del Sur, de donde viene también para Chile, la “lluvia con traje de lentejuelas”, según apuntara Negro.

De su libro “Mensaje de Poesía” recogemos de Juan Negro el poema “Soneto Clásico”.

SONETO CLASICO

“Mil submarinos busquen la sirena
que se raptó en Formosa al rubio infante
nacido para ser el almirante
del pleno mar y de la luna llena.....

Y el inalámbrico mensaje suena
en los radios del mundo a cada instante,
mientras que goza con su amor la amante,
de los nautilus al peligro ajena.

Y cuando ya ha tatuado sobre el pecho
suave del niño un pez y caracolas
y ha ceñido con algas su cabeza,

allí en lo hondo del marino lecho
un torpedo invisible la atraviesa
dejándola al gareté entre las olas”.

.....

AUGUSTO TAMAYO VARGAS.